

SEGUNDO LUGAR

LOS HIJOS DE AIDA

Juan Antonio Villoro / C.C.H. — Colegio Madrid

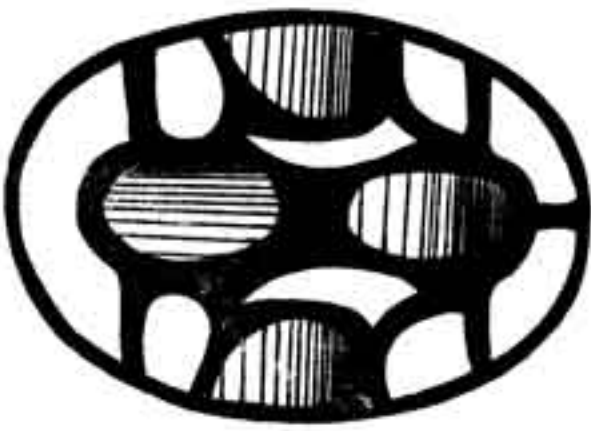
Cuatro cervezas sobre el paño verde rasgado en el centro; nosotros alrededor, cuando ya nadie jugaba. Cuando sólo un foco permanecía prendido, nuestras sombras se abrían como abanico obscureciendo las paredes azuladas y formando una corona sobre el techo. Ese aire provinciano antes de que los muchachos se vinieran a la capital, cuando íbamos a la universidad del estado. Fue ahí, frente al gran retrato autografiado de Pancho Villa, donde iniciamos nuestra lucha.

Los domingos por las tardes llegábamos todos juntos a “Los Hijos. . .” Nos sentábamos al lado de la puerta para sentir el fresco, porque las polillas se habían comido durante veinte años las aspas de los ventiladores y ahora solamente quedaban las varillas de metal, que ya no daban aire.

“Los Hijos. . .” era el mejor club de la ciudad. Ahí se organizaban los campeonatos de billar y dominó. Pero para nosotros tenía una función muy diferente. Era nuestro cuartel. Habíamos descubierto que nadie sospechaba del lugar; era centro de reunión de mucha gente que poco a poco se podría ir sumando al movimiento; estaba cerca de la facultad y además nos identificábamos plenamente con el club que ya se había vuelto parte de nuestra vida cotidiana. Con el tiempo le fuimos encontrando otras cualidades; para empezar, el dueño fue de los primeros en unírse nos; nos permitió guardar el mimeógrafo tras la barra y las tintas y pinturas en las botellas vacías. Descubrimos que era posible hacer un periódico mural en la otra cara del retrato de Villa. Cuando llegaba algún sospechoso, lo volteábamos de tal modo que únicamente el retrato quedara a la vista custodiando así nuestro trabajo. Nos daba gusto pensar lo mucho que le hubiera agradado al centauro del norte saber que colaboraba con nosotros. También descubrimos que podíamos guardar diversos objetos en la mesa de billar, bajo la pizarra que sostiene al paño.

Por ejemplo:

Cuando atravesábamos por nuestro peor momento, llegó herido al club un compañero. Lo habían descubierto cuando pintaba en una pared. Según nos contaría más tarde, logró incorporarse momentos después de que el policía había jurado regresar para matarlo. Por el aspecto que presentaba, creo que sí trató de hacerlo y no le fue posible por no llevar su pistola en esos instantes. El caso es que al llegar no pensamos más que en salvarlo. Cada vez que le



aplicábamos la curación se retorció dando gritos como cuando se le echa sal a un caracol.

Una vez recuperado decidimos ocultarlo; fue justamente en el hueco que tienen las mesas de provincia entre el paño de franela y el fondo del cajón donde lo escondimos. Perforamos unos hoyos por debajo y una de las buchacas por donde entran las bolas. Por ahí le pasábamos la comida y sólo salía para ir al baño.

Así estuvo casi tres semanas hasta que enfermó. Por las noches gritaba y pedía auxilio, soñaba con la represión, tanto que poco a poco se fue volviendo parte de él. Precisamente cuando ya habíamos conseguido un lugar seguro para trasladarlo. Tuvimos que ponerle cerca de veinte inyecciones pero no reaccionó, se fue pudriendo junto con las polillas ahí adentro.

Fue el primer rebelde muerto en la ciudad. Lo arrojamos al mar para que nadie sospechase.

“Los Hijos. . .” era un oasis, parecía que su techo era el único que no dejaba penetrar el sol. Al ver la calle desde adentro los ojos se dolían por el deslumbramiento y desde afuera era al revés; “Los Hijos. . .” se veía como una sombra, apenas se distinguía el letrero *no-se-permite-la-entrada-a-menores-y-uniformados*. El techo estaba descarapelado como su dueño —creo que tenía parientes argentinos—, el caso es que era el único que se despellejaba con el sol en la ciudad.

A todos nos gustaba el viejo megáfono que el dueño se sacara en una rifa junto con un lote surtido de discos. Aunque lo único que ponía era ópera —tal vez por eso el club se llamaba sí. Con su bocina en forma de cucurucho gigantesco, negra de abajo, oxidada en medio y rosada en el borde. La base cuadrada era de pino americano y las agujas tan gordas como clavos. También recuerdo que detrás de la barra y entre las botellas había una gran mula de seises. Por las descripciones del dueño parecía ser muy fina. Era extraño, pues aunque a nadie le agradaba, la cuidaba como un tesoro por ser recuerdo-de-familia. Y así, al compás de *Rigoletto* se improvisaban los torneos de dominó o los discursos subversivos. .

Me los imagino perfectamente, parados tras la mesa de billar de izquierda a derecha: en primer lugar a un hombre delgado con espejuelos (nótese la diferencia), con una mano sobre el año (de la mesa, claro) y sonriendo hipócritamente (supongo que para la cámara); después viene un hombre de baja estatura, ceño fruncido y ojos de pistola como queriendo romper el lente, está bien engominado y con la raya en medio (del pelo); el tercero con la mirada perdida (en ningún lugar) fue mi padre; el siguiente le pone maquillaje al taco con un tono indiferente; el que sigue fuma puro (apagado), tiene una mancha de ceniza sobre el cuello y esboza una sonrisa como de “por aquí pasó benito benito Juárez”; el sexto está de espaldas (por lo cual preferiría no describirlo); el séptimo también fue mi padre (bueno, eso es lo que yo creo, pues al menos lo fue espiritualmente; él fue quien me enseñó las verdades de la vida: que no existía *santa clos* y que la virgen de guadalupe era mi madre religiosa, es decir, que “si no tenía madre” ella podía serlo, en fin, a este señor le debo



lo que soy); del octavo ya no me acuerdo; el penúltimo es quien le pone musicalidad al recuerdo con su sonrisa de “así las vacas dan más leche”; y por último (el último) el entonces dueño con sus manos sobre los tirantes, con su obesísima papada recargada sobre el pecho (el de él) mientras sonreía de oreja a oreja, lo cual producía que instantáneamente comenzara a transpirar.

Los recuerdo ahí, todos igualmente vestidos con camisa blanca de cuello angosto, abotonada hasta arriba, pantalones holgados color beige con valenciana y tirantes.

Su mundo era como una tómbola. Hasta llegaron a rifar un bombín. Si les tocaba buena suerte, qué bien, pero si no, ni modo. Crearon todo un ambiente; en el club se respiraba a chistes baratos y pronósticos de fútbol. Pero gracias a todo esto les fue posible vivir en “paz y armonía”.

No recuerdo a quién se le pudo ocurrir la idea de guardar cocos en el club, ni cómo nos llegamos a sentir seguros junto a ellos. Era difícil conseguirlos y más aún esconderlos sin que nadie sospechara, por eso el dueño fingió que el agua de coco tenía gran éxito entre los clientes (aunque hubiera sido imposible dar servicio en tales condiciones) para justificar las largas caminatas desde la playa acarrendo las pesadas frutas.

En poco tiempo el club se encontraba repleto de cocos. Temíamos ser víctimas de la violencia, de manera que procurábamos encontrar el mejor método de defensa (el aceite de coco ayudaba a que nuestros rudimentarios explosivos no estallaran sino al chocar con su destino). Pero cuando llegó la hora de pelear entonces todos nos olvidamos de los cocos. Las paredes de “Los Hijos. . .” fueron cambiando de color a medida que los cocos se secaban volviéndose cafés (esto mismo nos pasó a nosotros).

El tiempo pasa tic tac tic tac (como se supone que pasa el tiempo).

Ahora creo que se llama “La Baticueva”. Han puesto una rocola y las gordas cobran a peso la pieza. El retrato de Villa fue sustituido —al darse cuenta de que ahora resultaba subversivo— por otro de “La Novia de la Humanidad fumando ralei”.

El ruido de las bolas de billar como música de fondo, los diálogos sobre política, las discusiones acerca del próximo número de la revista *Unete Pueblo* que en aquel entonces dirigía, el burócrata servil, el presidente municipal borrego de segunda mano, el intercambio de libros, los obreros que ahí se nos unieron, mis dedos jugando con el salitre de la pared, los principios de la represión, el asesinato de un amigo, el olor a toalla húmeda, las primeras oportunidades de callar a cambio de dinero, estudiar el examen de mercadotecnia, la traición de los muchachos, el único honesto en prisión, mis manos heladas y sudorosas sobre mi vientre torturado, la inmensa llaga, la herida que aún no cicatriza, la sonrisa irónica del policía, la toma de la facultad, el cierre de “Los Hijos. . .” Aunque la lucha continúa. Eso creo yo, ¿no es verdad compañeros?

¡Cómo se va el tiempo!

Hatteras